

### ETSAI AL GALOPE EN ZARAPI

El nombre de ETSAI viene a equivaler a diablo enemigo y se parece en su contexto al AZUFRIÑANTE. En nuestra modesta mitología han intervenido con cierta parsimonia estos seres extraños: entre ellos algún duende, que podía descender por las noches a través de las chimeneas y apagar de golpe el fuego, armando en la cocina una polvareda de padre y muy señor mío; incluso tenían fuerza suficiente para llevarse a uno por los aires, dejando en ridículo a los globos y demás artilugios de vuelo ya inventados. Otro extraño elemento aparecía al noroeste del pueblo, junto al primitivo molino: en Pottozulo podía salir del agua Mariguelde; era una especie de polla de agua, negra, que podía volar con fines malévolos, aunque de hecho no es conocida fechoría alguna atribuible a tal sorgiña.

Dentro de esta mentalidad animista, sí hay constancia oral de varios sucesos un tanto graves y dentro de las quimeras de la vieja escuela. Si determinados estamentos no dieran pábulo a la existencia de espíritus benignos y malignos, difícilmente se "corporizarían" las elucubraciones y la fantasía perdería una de sus capacidades para engendrar miedo.

El carbón se usaba principalmente en la ferrerías; se habían montado dos recientemente (1802) Goikola y Bekola; ambas necesitaban del trabajo de varios grupos dedicados a cocer madera para alimentarlas de carbón. A partir de septiembre una carbonera podía terminal mal, si el régimen de lluvias comenzaba; así es que almacenaban fuertes cantidades de carbón para poder trabajar en los meses de invierno; en ellos además contaban con la máxima cantidad de agua para mover los fuelles y martinete.

Preparando varias carboneras se encontraba un grupo de Etxarri cerca del puente y cruce de caminos de Zarapi. El trabajo debía ser concienzudo, para que no fuera todo al traste; un fallo mínimo resultaba peligroso; bastaba un satorzulo para que, provocando tiro indebido, perdieran todo el trabajo. Bien organizados, unos acercaban y rajaban la leña, otros la apilaban formando los conos de las carboneras, preparaban las toberas y zoyas, el césped. De pronto vieron que se acercaba un vecino de Arbizu corriendo alocadamente. El bueno estaba cuidando su finca de lino en Araña. Desde allí venía asustado y jadeante. Nada más llegar ante el grupo de carboneros cayó desfallecido; desde el suelo indicaba con la mano, que miraran hacía Araña.

El aterrorizado arbizuarra tenía razón; estaba acercándose un caballo negro; lo montaba un ETSAI con capote también negro; debajo del mismo se entreveía una

camisa o chaleco rojo intenso; echaba fuego y su aspecto inspiraba pavor. El espanto que les produjo dejó a todos paralizados. El más anciano del grupo supo reaccionar inmediatamente, se agachó hasta el fuego y se hizo con dos illekis (jaros en plena combustión); los levantó, cruzándolos, en dirección al etsai, que estaba ya a unos 50 pasos.

Este vio perfectamente, entre el humo y el chisporroteo, el signo de la cruz y torciendo la riendas de su caballo con un gesto de rabia, lo lanzó al galope en dirección a Lizarragabengoa.

Pronto lo perdieron de vista; pero las ganas de trabajar se les habían ido. Para reponer fuerzas del terrible susto, sacaron el pellejo de vino y le metieron una soba, que lo dejaron en pergamino. El viejo, José de Buruzuri, recibió el agradecimiento de todos; aunque era la primera vez que le ocurría una cosa así. Les dijo que su abuelo se había visto en trance parecido y que con los illekis cruzados habían alejado al maligno jinete. De otro modo les hubiese atravesado a todos el corazón con su roja espada.

Pasado el susto y animados por el caldo del pellejo, reconocía la razón del respeto que se merecen los mayores en nuestra sociedad; su experiencia consideraban vital en circunstancias graves.

Decidieron volverse al pueblo a contar cuanto habían visto; el de Arbizu se decidió a venir con ellos; la dirección, que el Etsai había tomado, coincidía con la que él debía seguir, para ir a su casa; y ¿quién le aseguraba a él que aquel montaje negro de la cola a la cabeza, condensación perfecta del terror, no le estaría esperando en el camino?

Como tenía parientes en Etxarri, lo mejor era dejar de lado al endiablado caballo.

En el pueblo contaron cuanto había pasado; unos dieron por bueno el cuento y otros al verlos tan locuaces, más achacaban al espíritu de vino, que a otra cosa, el susto de Zarapi. DE lo que deducían claramente que, para los trabajos de monte, resultaba imprescindible contar con un buen pellejo de vino, y poder así rematar cualquier faena de forma saludable.

